

hasta que se le reuna la tercera escuadra; y asimismo parece que su propósito es atraer hacia sí el grueso de la flota enemiga, alejándola de Formosa, para reñir la batalla en igualdad de condiciones, demorando la marcha al N. hasta poseer datos exactos de la situación de los barcos enemigos.

Es dudoso que el almirante Togo caiga en el lazo. Mientras los rusos permanezcan en el mar de la China, Togo sabrá con certeza y antelación sus menores movimientos y podrá prevenirse para caer sobre el enemigo en el momento oportuno, sin correr el peligro de que éste le sorprenda. Al abrigo de Formosa puede esperar tranquilo y confiado, seguro de que los rusos no podrán rehuir el encuentro, y se verán obligados a entrar en los parajes donde su adversario les aguarda. Pero antes de que Rojdestvensky llegue a la altura de Formosa, divisiones ligeras de destroyers, torpederos y veloces cruceros le sembrarán de abrojos el camino, procurando fatigar a las tripulaciones, descomponer la escuadra rusa, destruir los barcos auxiliares y, si es posible, causar averías y aun echar a pique los de combate.

La prudencia aconseja que los japoneses no acumulen todas sus unidades marítimas en Formosa, pues como el resultado de una batalla jamás puede saberse de antemano por desiguales que sean las fuerzas de los adversarios, si fuera deshecha la flota de Togo quedarían el litoral del Japón, de Corea y la Mandchuria a merced de los barcos rusos. Esto nos hace creer que en Formosa solo operará una división de cruceros y algún acorazado, con muchos barcos auxiliares, mientras que las unidades más potentes se aprestarán a reñir la batalla decisiva más al N. Claro es, sin embargo, que la conducta de Togo se ajustará a la de su rival.

Desde las islas Anamba a Formosa, tienen los barcos rusos que recorrer unos 2.800 kilómetros, lo que supone unas 11 singladuras, y otras tantas desde Formosa a Vladivostok; y como la velocidad de marcha ha de ser tanto menor cuanto más próximo esté el enemigo, y las maniobras de la escuadra japonesa la entorpecerán todavía más, se deduce que lo probable es que transcurran algunos días sin que tenga lugar ningún combate de importancia.

Pero el choque decisivo tendrá lugar en fecha más remota. Grave imprudencia sería que Togo, con el grueso de su flota, saliera al encuentro de Rojdestvensky antes de que éste llegue a las aguas japonesas, y ligereza inconcebible el apresurarse a poner en línea sus unidades de combate. En una batalla

naval, los acorazados, en primer término, y en segundo los cruceros acorazados son los únicos barcos con que es posible contar, y la escuadra rusa, aunque muy inferior en conjunto a la japonesa, posee una división de acorazados bastante más fuerte que la enemiga, tanto por la protección de las corazas como por el número y calibre de las piezas. Si la ruina de la escuadra de Rojdestvensky hubiera de obtenerse a costa de la pérdida de los acorazados y algunos cruceros acorazados japoneses, ¿quién podría detener a los cruceros de Vladivostok, a los barcos de Nebogatoff, y mucho menos a la 4.ª escuadra, que se está alistando en Rusia? El plan de Togo debe pues limitarse a procurar entorpecer la marcha de la flota rusa, y desorganizarla mediante ataques emprendidos por divisiones ligeras, reservando sus unidades de combate para cerrar el paso al enemigo en los estrechos del Japón; aunque también pudiera suceder que en último caso lo deje llegar a Vladivostok, y trate de repetir lo acontecido en Port-Artur; pero si tal es el pensamiento del almirantazgo japonés, sufrirá un cruel desencanto.

Operaciones en la Mandchuria.—Definitivamente instalados los rusos en la línea Hsuan-yang-pu=Chan-chun-fu=Kirin, el general Lenevitch ha enviado a vanguardia la división Michtchenko, la cual cubre el frente desde Ching-chia-tang a Tsu-lu-shu y Si-ping-kai. Como ha sucedido en otras ocasiones parecidas, en todos los combates librados entre los destacamentos avanzados de ambos ejércitos, han llevado la mejor parte los rusos. La caballería japonesa, queriendo salir de la desairada situación en que ha permanecido hasta ahora, ha tratado de operar sin la protección de su infantería, pero desde el 8 al 13 de Abril, los cosacos la han sorprendido tres veces, dispersándola y cogiendo bastantes prisioneros.

En el centro, el grueso del ejército japonés permanece en Tie-ling y Mukden. Se desconocen los movimientos que practican las dos alas.

Aquellos arrestos é incontrastables avances de los japoneses, que se anunciaron como consecuencia de la batalla de Mukden, y la desordenada y precipitada fuga de los rusos, han resultado quiméricos una vez más. Con todo eso, aun hay críticos que nos hablan de Sedán.

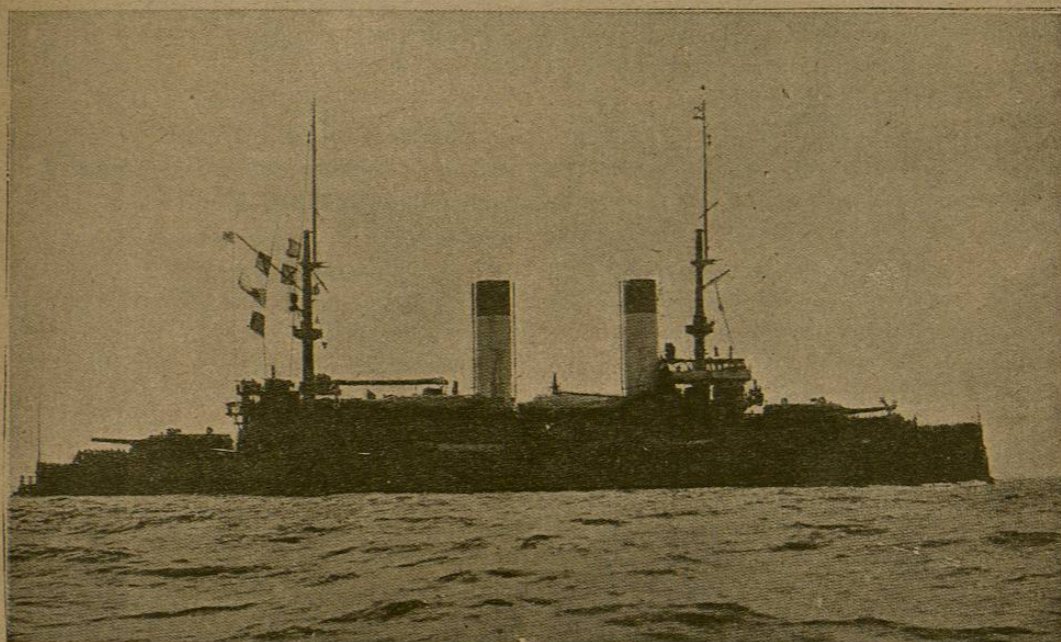
JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

15 Abril, 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Revista internacional, por F. Larin.—La existencia de un corresponsal en la Mandchuria.—La marina de guerra de las principales potencias, por J. B. y L.—Los horrores de la guerra.—Líneas telegráficas de la Siberia.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Acorazado «Kniaz Suvoroff», barco insignia de la segunda escuadra rusa

REVISTA INTERNACIONAL

Desde que apareció la escuadra de Rojdestvensky en el mar de la China, la prensa japonesa emplea una energía de lenguaje á que no nos tenía acostumbrados. Comedida, prudente, cautelosa si no embozada en sus conceptos, y disimulando con la frialdad estudiada de su estilo, las pasiones exaltadas de aquel pueblo oriental, heridas en lo vivo con ocasión de esta guerra; había puesto hasta aquí mucha mesura al tratar las cuestiones internacionales, procurando no lastimar susceptibilidades, ni enajenarse las simpatías de otras potencias.

Pero la osada marcha de la segunda escuadra rusa ha levantado un peligro que los nippones habían casi descartado de sus cálculos, porque aun cuando Rojdestvensky sea vencido es probable que la escuadra de Togo quede malparada y en malas condiciones para hacer frente á la tercera escuadra, y más adelante á la cuarta.

De aquí que los periódicos de Tokio no se limiten á pedir, sino que exijan la observancia de la más escrupulosa neutralidad por parte de las naciones que poseen territorios en el Asia oriental. No se trata en este caso de una neutralidad imparcial, sino que la voz neutralidad la interpretan en el sentido

de cerrar á piedra y lodo todos los puertos, y denegar á los rusos el más insignificante servicio. Seguros los japoneses de que la conducta de Inglaterra y Estados Unidos favorecerá á sus intereses, no las tienen todas consigo en lo que atañe á Francia y Alemania. Con esta última no se atreven, pero al referirse á Francia la petición y la súplica han cedido el campo á la imposición y á la amenaza encubierta, porque no otra cosa que amenazas son los conceptos emitidos por la prensa al examinar la actitud nebulosa de los franceses.

Y en verdad que desde su particular punto de vista no les falta la razón á los japoneses. La explicación dada por el gobierno francés de la prolongada permanencia de la escuadra rusa en Madagascar, será muy diplomática y muy habilidosa, pero no convence á nadie: si los barcos rusos no estaban en aguas jurisdiccionales francesas, ¿dónde estaban? La explicación parece que se ha repetido al acercarse la escuadra moscovita á las costas de Annam y del Tonkin, y de aquí que los japoneses amenacen con no respetar la neutralidad de las aguas que bañan esas posesiones. Pero en esto no andan acertados los nippones; su conducta desde el principio de la guerra es una prueba fehaciente de que para ellos la neutralidad es un mito, y que solo la aplican en lo que puede perjudicar á sus adversarios. Si la escuadra japonesa no ha salido ya al encuentro de la rusa, no es por respeto á Francia, ni á nadie, sino sencillamente porque no le habrá convenido á Togo.

La aproximación de Francia é Inglaterra, y la resuelta actitud del Kaiser hicieron creer que una nueva complicación se cernía en el horizonte. Por fortuna Francia se detuvo á tiempo en el resbaladizo camino que había emprendido, y el varonil arranque del Kaiser ha triunfado una vez más sobre las astucias caseras y femeniles de Mr. Delcassée. En resolución, no creemos que del nuevo estado de cosas creado en Europa salgan muy beneficiados los japoneses.

Más marcado ha sido el cambio en el espíritu público en la América del Norte, donde al principio de la guerra menudearon las manifestaciones de simpatía pro-japonesas. La reacción ha sobrevenido; y la conducta digna, resuelta y tranquila del

pueblo ruso á pesar de los contratiempos, sufridos, ha despertado en los norteamericanos la admiración y la simpatía de que antes gozaron los nippones. Los principales periódicos y entre ellos el popular *New-York Herald* se presentan rusófilos y atacan á los amarillos. A este cambio no son ajenos los intereses yankees, pues su fácil adquisición de las Filipinas dista mucho de haberse consolidado, y puede darse el caso de los dineros del sacristán. Lo más chusco es que los periódicos *jingos* británicos se han creído en el deber de oponerse al movimiento iniciado en los Estados Unidos en favor de los rusos, y á este efecto los corresponsales que tienen en el Nuevo Mundo han enviado algunos despachos negando que los yankees simpaticen con los rusos; entre esos telegramas, el más vehemente es uno que niega la exactitud de lo afirmado por el *New-York Herald*, y aduce en apoyo de que los americanos son eminentemente japonófilos, el importantísimo y desusado hecho de que un cierto empresario va á dar una función á beneficio de los heridos japoneses. ¡Qué instructiva resulta á veces la prensa!

Rusia y Japón están sobradísimas de recursos, pero no lo parece. Se anuncia un nuevo empréstito en cada una de esas potencias. El vocablo no es enteramente exacto en lo que se refiere á Rusia, porque esta nación se ha limitado á emitir los 50 millones de rublos que formaban la segunda serie del último empréstito, cuya primera serie fué de 100 millones; una y otra han sido suscriptas casi totalmente en Alemania; el tanto por ciento es el 5. El día 20 el Japón lleva á cabo otro empréstito de 10 millones de libras esterlinas—250 millones de pesetas, supuesto el cambio á la par,—reembolsable como los anteriores y al 6 por 100.

Lo que no se ha sabido hasta hace pocos días es que todos los pagos que efectúa el Japón en la Manchuria los satisface en billetes de banco, por falta de numerario; hasta el mes pasado esos billetes tenían una depreciación del 15 al 20 por 100 sobre la plata, pero después de la ocupación de Mukden ha mejorado el cambio, y ahora la depreciación es solo de un 5 á 10 por 100 con respecto á la moneda de plata, ó sea en realidad de un 45 por 100 con relación al patrón monetario. Después de esto, se nece-

sita valor por parte de la prensa británica, y anchas tragaderas en sus lectores, para sostener la primera y creer los segundos que el Japón nada en la abundancia y que su situación económica es floreciente como nunca. No solo se agotan los recursos económicos del imperio del Sol Naciente, sino que los empréstitos no bastan á hacer frente á las más ineludibles necesidades de la guerra. El oro producido por los empréstitos sirve para pagar en buena moneda á sus desinteresados amigos, los ingleses; pero en el interior del país, el ejército y los chinos han de contentarse con papel depreciado. Mientras lleve la mejor parte en la guerra, podrá sostenerse el Japón á fuerza de equilibrios, pero si las cañas se vuelven lanzas ó la guerra toma un carácter crónico ¿qué sucederá? Entonces también los ingleses habrán de cobrar en papel, y eso es lo que temen, y lo que pretenden conjurar á copia de artículos de periódico.

Por lo demás, aunque los fondos japoneses han subido, su cotización se mantiene inferior á la de los rusos; y es probable que la elevación en las tarifas de seguros marítimos, motivada por las operaciones de las escuadras de Rojdestvensky y de Nebogatoft, influya indirectamente en el mercado. En la Bolsa de Londres, la más interesada en mantener altos los fondos de sus aliados, cerró el 4 por 100 japonés, el día 19, á 84 y el 4 por 100 ruso á 88.

F. LARÍN

LA EXISTENCIA DE UN CORRESPONSAL

EN LA MANDCHURIA

De una correspondencia de Mr. Palmer, extractamos algunos párrafos que pintan á lo vivo la vida de un corresponsal en el teatro de la guerra:

«El Estado Mayor estaba muy ocupado. Realmente no había reservado puesto para los espectadores, y menos aun en los ensayos. El límite de las observaciones de los corresponsales estaba marcado por una línea de alturas que ocultaban los portentosos trabajos de los ingenieros al otro lado; habíamos viajado 10.000 millas, permaneciendo dos meses en Tokio, y la memoria nos recordaba amargamente que se nos había enviado á la frontera como corresponsales de la guerra.

»El Estado Mayor resolvió que uno de los corresponsales saliera diariamente de la jaula y adquiriera noticias por todos, porque no podía comprender que cada corresponsal necesitase decir una cosa diferente. Algunos se quejaron de no haber disfrutado los privilegios de que otros gozaban, y entonces el Estado Mayor quiso ser imparcial; pero las quejas se produjeron entonces por sobra de imparcialidad. Por fin fuimos llevados á presenciar el duelo de artillería, y otro día á presenciar la batalla. Varios corresponsales estuvieron inclinados á pedir que se les devolviera el dinero, porque ni uno había visto más que otro.

»Entre tanto, la cantina llegó y fué alzada



General Mandrikoff,
jefe de la 1.ª brigada de la 37.ª división

la tienda. Mr. Yokoyama—con quien habíamos firmado un contrato para que se encargara de nuestras comidas y de transportar los equipajes—no vino, y encomendó su cargo á un administrador, el cual no sabía una palabra de inglés. Esto le libró de muchos sinsabores, porque no era cosa de valerse de un intérprete para decirle ciertas frases que no pueden ser impresas.

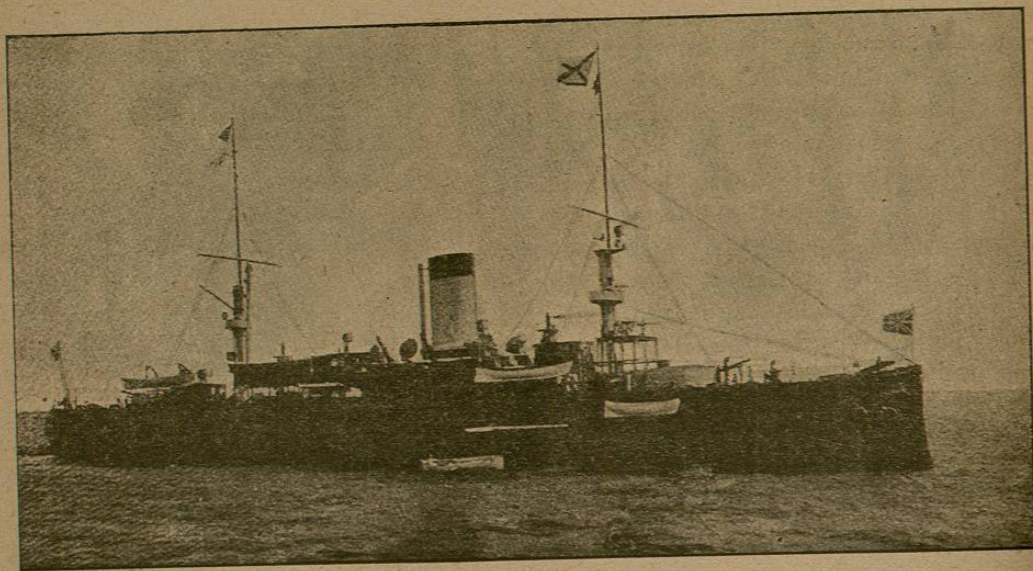
»Además de darnos de comer por una suma estipulada, la cantina debía estar provista de aguas minerales para la venta aparte. Al mencionar nuestros deseos antes de salir de Tokio, un corresponsal dijo que el champagne era muy conveniente en caso de enfermedad. Evidentemente Yokoyama creyó que todos íbamos á enfermar, porque envió más botellas de champagne que embutidos.

»—Melote es lo que nos hace falta—dijo un inglés que había servido en el Africa del Sud.—Denme ustedes melote. Con mucho melote, buen melote negro y viejo, se puede marchar día y noche y conservarse ligero como un violín.

»—César conquistó el mundo con melote—observó Hare, el más viejo de todos y el *enfant terrible* del campamento.—Gracias á él pudo franquear los Alpes, sojuzgar á los galos y combatir hasta el fin.

»—Habas y tocino, y buenas lonjas, gordas y grasientas, es lo mejor para un almuerzo—dijo Collins.

»—Escote es lo que conviene—replicó un



Crucero acorazado «Dimitri Donskoy», de la segunda escuadra rusa

australiano representante de un periódico inglés. «Escote», era su grito habitual, sin entrar nunca en pormenores.

»—¡Embutidos italianos!—exclamó John Bass.—Conozco que hay algo insostenible en la cantina, y debe de ser algún embutido italiano. Se puede usar un embutido italiano en vez de ladrillo, como estaca de una tienda, como veneno insecticida, y para hacer píldoras; pero si ustedes tienen apetito y con qué saciarlo, basta que huelan un embutido italiano para que desaparezca el hambre.

»Solo había un medio para que desaparecieran las discrepancias de opinión, y consistía en elegir un presidente. Al procederse á la votación, cada cual votó á su vecino. Por último fué elegido John Bass. ¡Pobre Bass! Tuvo que cuidar de sí mismo y de los

demás, y los embutidos italianos no dejaban en paz sus nervios.

»El contrato que hicimos en Tokio fué que pagaríamos en vales cuanto necesitáramos, y que también por vales pudiéramos obtener dinero cuando nos fuera menester. Pero nuestro administrador carecía de fondos, y bastante hizo con darnos de comer. Tomábamos huevos y pollo mañana, tarde y noche.

»—¡Si tuviéramos siquiera un poco melote para acompañarlos! melote negro y viejo.

»El australiano seguía pidiendo «escote».

»No era menos explícito el francés. De vez en cuando alzaba la voz y preguntaba:

»—¿Para qué habremos pagado nuestros quince yens diarios?

»La cantina se hizo imposible, y volvimos al sistema individualista. Tres de nosotros, Collins, Hare y yo, acampamos junto á un arroyo. Careciendo de utensilios de cocina, nos arreglamos como pudimos. Tras no pocas pesquisas nos hicimos con algunos tarros de leche concentrada y otros de carne salada de buey. En Ping-yang un francés tenía una tienda, pero no se había preocupado de renovar las existencias; fué allí donde Hare compró un cajón de aceitunas, y lo consumió sin indigestarse.

»En Tien-sin-tien un perrillo resulta un capricho más caro que un ánade de cabeza roja en Londres, y un tarro de fruta más costoso que un melocotón de invernadero.

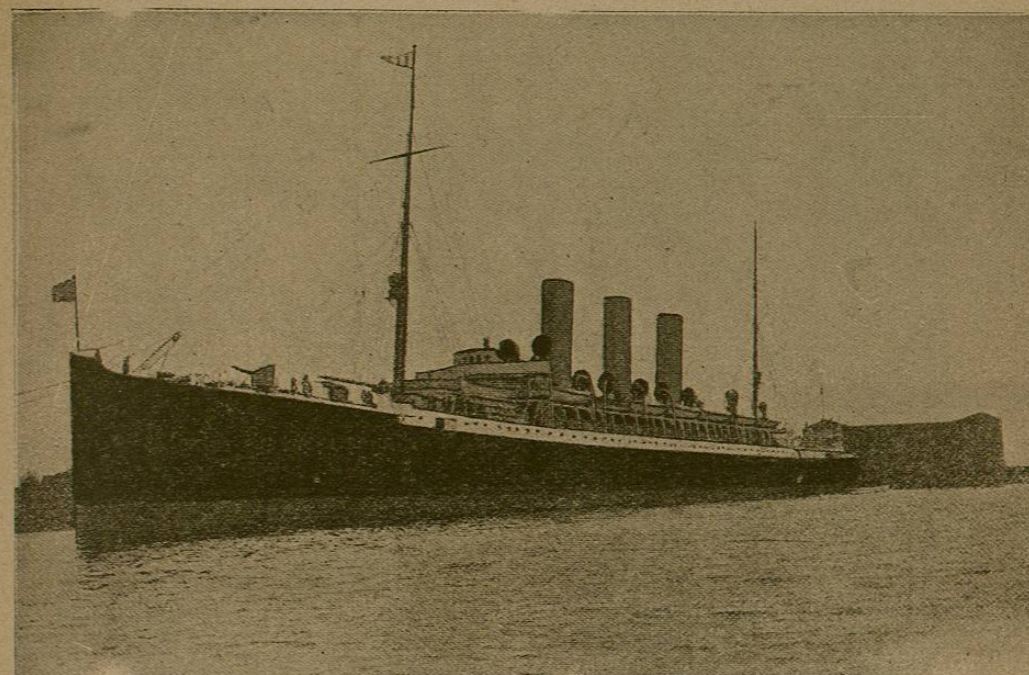
»Más allá de nuestras tiendas están las tres carretas chinas que componen nuestro tren administrativo. Con temor y espanto pensamos en el número de sirvientes que tenemos que mantener, ahora que empezamos á conocer las costumbres orientales. La costumbre dicta que vayan dos chinos en cada carro, y es inútil protestar. Aparte de los chinos tenemos coreanos; uno para los mulos de carga; el otro es Daniel Webster; su barba es rala, su frente pequeña.

»—Ni he hecho yo mi cara, ni trabajo con ella—dice Daniel.

vana hubiese de ir hasta San Petersburgo, Daniel no se separaría de ella. Todos sus servicios le valen dos libras al mes.

»El Mayordomo, á cuyo cargo está todo el servicio, es Kochi, nuestro intérprete, que habla perfectamente el inglés. Durante esta campaña ha aprendido muchas cosas que no le enseñaron en Cornell, cuyas escuelas frecuentó. Dibuja mapas, traduce documentos, y mantiene á raya á los chinos valiéndose de las pocas palabras de su idioma que ha aprendido. Jamás ha confesado que está cansado ó hambriento.

»Al principio de la primavera, cuando te-



Crucero auxiliar «Ural», de la segunda escuadra rusa

»Nos sirve como coolie; y llegó con su traje blanco, su coleta y un alto casquete en la cabeza. Hoy lleva el pelo corto, un pequeño bonete, chaleco europeo, pantalones, y del bolsillo pende, como señal de esperanza, prosperidad y progreso, una cadena de reloj de plata alemana, con eslabones de pulgada y media. Pone especial cuidado en conservar el bonete en buen estado, y se lo quita cuando ha de lavar los platos ó excavar una zanja. Probablemente, ningún ciudadano de los Estados Unidos sería capaz de andar tanto como Daniel. Sus largas piernas parecen zancos. Camina siempre alegre, por muy cargado que vaya y por abundante que sea el lodo de los campos. Si nuestra cara-

níamos que alimentarnos de conservas, mirábamos con envidia el trigo naciente, las habas y las patatas. Ahora estos manjares figuran en nuestra mesa. Las aves escasean extraordinariamente; es inútil recurrir á las súplicas, á la compra ó á la astucia. Los rusos se lo han llevado todo, de donde se deduce que una de las ventajas de un ejército que se retira es la de disfrutar de los pollos. Los pocos que quedan los guardan ocultos y escondidos los chinos, como base de una nueva generación.

»Kobayashi, el cocinero, no sabía apenas el inglés; solo «catro ó inco palabras», como él decía. Conviene advertir que cuando se contrata á un criado, declara que conoce al-